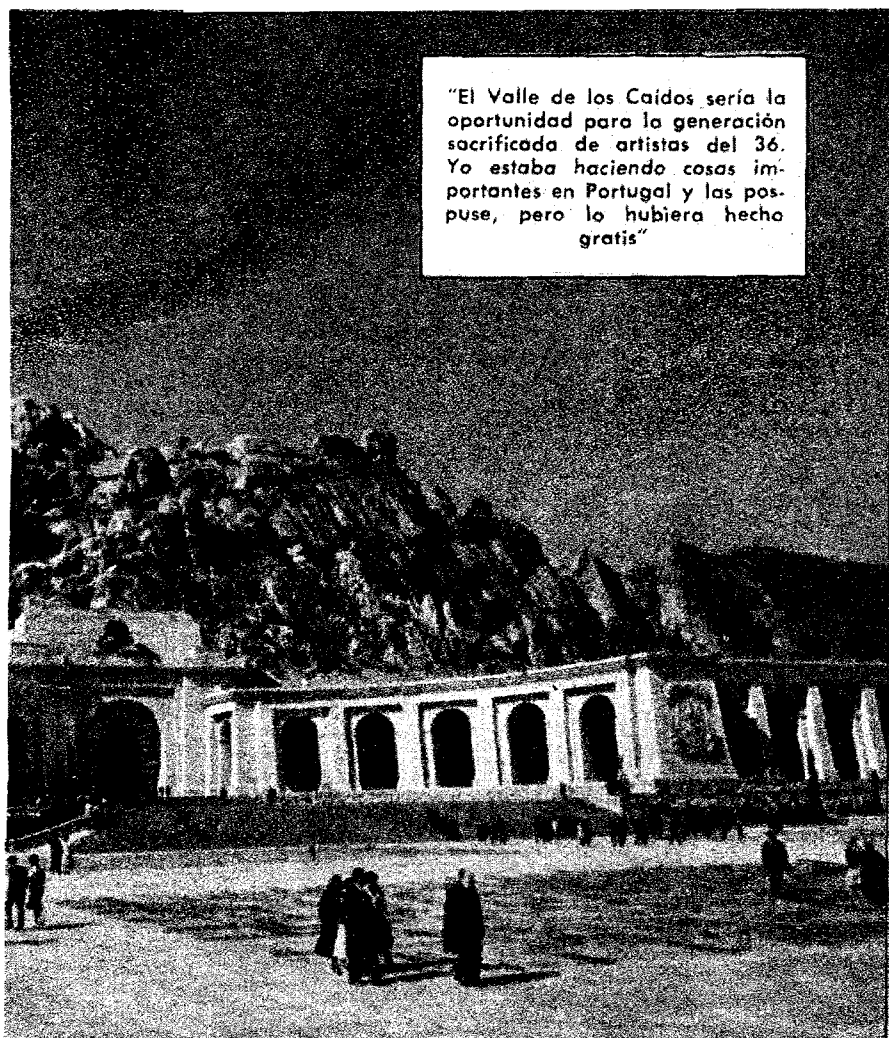


JUAN de AVALOS

«No fui el escultor del Régimen»



"El Valle de los Caídos sería la oportunidad para la generación sacrificada de artistas del 36. Yo estaba haciendo cosas importantes en Portugal y las puse, pero lo hubiera hecho gratis"



- * "No es cierto que cobrase diecisiete millones de pesetas por mi trabajo en el Valle de los Caídos. Mis honorarios fueron de novecientas mil pesetas"
- * "Jamás he estado agarrado a la ubre del Estado"
- * "Mi trabajo en el Valle de los Caídos lo hubiera hecho cualquier artista sin preguntar más"
- * "En el año 42 fui depurado y estuve a punto de que me fusilaran"

PARA Juan de Avalos, escultor y académico de San Fernando, a los españoles nos falta información y amor a las bellas artes. Si es así, muchos lectores podrían no conocerle. Avalos nació en Mérida. Su vida es como huella de gubia. Como barro, yeso, madera, piedra, mármol..., bronce. Aprendió el oficio y lo amó en lo más elemental de un anticuario. Luego fue graduado en Bellas Artes y más tarde profesor de la Escuela de Artes y Oficios. Durante veinte años se ganó la vida como dibujante técnico y publicitario; durante otros seis trabajó en Portugal. Tuvo en su vida fatigas, disgustos y premios, como todos, y muchos españoles le conocen—aunque sus obras estén en museos, exposiciones, colecciones particulares y en público en el mundo entero—por la Piedad del Valle de los Caídos y por la fuente de Jiménez Díaz, junto a la clínica de la Concepción, de Madrid.

—¿Qué duda cabe que el Valle de los Caídos, por su monumentalidad insólita, es capaz por sí mismo de otorgar la fama. ¿Cómo surgió lo del Valle?

—Yo ya había tratado con el arquitecto Diego Méndez. Pero en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año mil novecientos cincuenta, que Franco inauguró, yo exponía el grupo titulado "El héroe muerto", que regalé a mi tierra; hoy está en Badajoz. Al Caudillo le gustó mucho, me presentó a él el marqués de Lozoya, que era director general de Bellas Artes, y estuvo hablando conmigo durante diez minutos, cosa inhabitual en una exposición. Citó el Valle y le dije que sería la oportunidad para la generación sacrificada de artistas del treinta y seis.

—¿Qué era para usted ese trabajo?

—Un trabajo como ése, tan singular, lo hace un artista sin preguntar más. Y el que diga otra cosa, mien-

te. Yo lo hubiera hecho gratis. Estaba haciendo cosas muy importantes en Portugal y las puse, pero lo hubiera hecho gratis. Además, la idea de albergar bajo la cruz los restos de españoles caídos por sus respectivos ideales me pareció de enorme belleza.

La verdad sobre el Valle

—Sin embargo, yo he leído que usted ganó...

Me interrumpe.

—Si se refiere a "La verdad sobre el Valle de los Caídos", debía titularse al revés en lo que se refiere a mí persona. Su autor, el señor Sueiro, dice que yo gané diecisiete millones. Es incierto, y él o lo sabía o debió informarse mejor. Le llamé y le entregué fotocopia de todas las certificacio-

nes y recibos para que subsanase el error. Es muy sencillo, y obligado para quien pretende hacer historia. Cuando me preguntaron cuánto costaría la obra me sentí incapaz de contestar honradamente. No era sólo el modelado; eran las ampliaciones, los artesanos... Piense que la figura mayor está compuesta de mil doscientos bloques. El arquitecto, con mi ayuda, hizo los cálculos, y nos salían ocho millones y pico. Decidieron aumentar el presupuesto a nueve y que el diez por ciento del total fuesen mis honorarios, es decir, novecientas mil pesetas. Como el trabajo fue titánico y surgieron muchos imprevistos, me ayudaron en el coste de los transportes. Lo demás son fantasías. Ya le he dicho a Sueiro que faltó a la verdad. También he escrito una carta un poco dura al arquitecto, señor Méndez, y me ha contestado que él no ha sido. Que no tiene parte en el error. Como dato

adicional, le diré que incluso yo mismo dirigía la colocación de las estatuas sin cobrar un céntimo.

—¿Intervenía o dejaba sentir su criterio el generalísimo sobre su obra?

—No. Yo lo traté superficialmente, pero creo que intervenía menos de lo que a mí mismo me decían. A veces he pensado que estaban echando a los artistas encima del caudillo. Eran cosas de otros.

—¿Supo lo que Franco pensó de sus esculturas?

—En una ocasión que el jefe del Estado iba al Valle, me invitaron. Por cierto, que se le olvidó avisar al arquitecto. ¿Qué cosas! Le rogué su opinión: "Tremendamente hermosa la Piedad. Tremendamente hermosa. Muy bien. Avalos, muy bien."

—¿Es Avalos un hombre político?

—He contado muchas veces la anécdota: Cuando a